

Pueblo fantasma

I

No hay evento menos misterioso que el fantasmal en el sentido de que germina, por fuerza, de alguna consecuencia trágica. De tanto rondarlo, sea enfrentando sus apariciones o indagando en la historia doméstica –la cueva platónica en la que se fraguó, seguramente con sangre e insidia, el holograma historiado que nos eriza la piel–, algún día se completará el rompecabezas. El suceso real como el patrón oro que respalda al inasible espectro.

De allí que proponga una inversión en la lectura de *Pedro Páramo*: pensemos que no fascina porque se trata de un “libro de los muertos”, como lo llama Juan Villoro, en el que seres de ultratumba coexisten con los vivos, sino más bien porque sus voces evanescentes remiten a la vida que fue, mala, pobre, dolorosa, pero al fin existencia en la que el cuerpo tenía sentido y destino. Parafraseando el famoso título villaurrutiano, una honda “nostalgia de la vida” nos acicatea desde el eco que personas un día en pie sembraron en esas presencias que aparecen con la misma gratuidad con que desaparecen, dejando apenas una estela de puntos suspensivos: el libro como fantasma de otros fantasmas.



¿POR QUÉ SE MANIFIESTA EL FANTASMA? ¿QUÉ MOMENTO EMOCIONAL ESCOGE DE AQUEL ANTE EL QUE SE HACE VER, BUSCANDO TAL VEZ MENOS PROVOCAR ESPANTO QUE HALLAR UN POCO DE COMPLICIDAD PARA VENGAR SU MUERTE? //

Al *sentir* —igual que en los sueños y como Juan Preciado va experimentando Comala, según apunta Fabienne Bradu en *Ecos de Páramo*—, más que ver o escuchar todas esas “transmisiones” de la vieja vida cotidiana —que la citada Bradu, en cambio, compara con instantáneas “cuya duración no está dada por el paso del tiempo sino por una minuciosa evocación de su contenido”—, el lector pareciera además tener el privilegio de recorrer el lugar del crimen minutos antes de que ocurra la desgracia.

¿Por qué se manifiesta el fantasma? ¿Qué momento emocional escoge de aquel ante el que se hace ver, buscando tal vez menos provocar espanto que hallar un poco de complicidad para vengar su muerte? En *Pedro Páramo*, la llamada sobrenatural cristaliza como súplica colectiva: que los vivos dediquen las oraciones suficientes a las almas de los difuntos para que puedan abandonar ese terrible purgatorio que padecen, ni siquiera en un sitio distinto al que habitaron.

Cuando en *Instinto de Inez* Carlos Fuentes escribió que “el muerto no sabe que está muerto”, debió tener en mente la categoría fantasmal que el personaje de Bioy Casares, en *La invención de Morel*, asume bajo su propio riesgo a fin de pasar la eternidad en compañía de la mujer amada: proyección perpetua, sin memoria ni la menor conciencia de sí, que, llevada por la inercia, repetirá puntualmente sus acciones en el tiempo, aunque este no sea ya más el suyo. Los fantasmas de Rulfo, por el contrario, saben muy bien qué clase de criaturas son; cuando mueren, desde Juan Preciado hasta Dorotea la Cuarraca, devienen palabra o, mejor, conciencia verbal condenada a recrear sin descanso, a través de la memoria intacta, su paso por la tierra.

¿Quién, entonces, los dejó en ese limbo a la deriva? Aunque no podría señalarse a nadie directamente como responsable de sus muertes individuales, en el

vocerío que forma la novela quedará expresado ese reclamo contra el cacique —el sí victimado, y a manos de su propio hijo— por una indiferencia que resultó más dañina que el trato feudal, a veces psicopático, que les reservó a sus coterráneos: cruzarse de brazos para ver el derrumbe de Comala.

Nadie más presente en el devenir de todo el pueblo que Pedro Páramo, dueño de voluntades, haciendas y virgos, pero también nadie más ajeno a la plenitud espiritual que él, especie de muerto en vida, mutilado interiormente por una orfandad que lo marcará para siempre a raíz del asesinato de su padre, al grado de empozarse en una de carácter incurable: la absoluta orfandad de Dios, alguien para él incapaz de conservar la trinidad familiar y en consecuencia sin justificación para existir. No por nada, luego de ausentarse del hogar durante la adolescencia, Páramo volverá al terruño armado con esa vejez del corazón, de acuerdo a una expresión de Balzac, que presidirá su ambicioso egoísmo.

Uno de los personajes que más conmueven del cerrado universo rulfiano, casi tanto como Pedro Páramo o Susana San Juan, es el padre Rentería. Reflexivo, amargo como las naranjas agrias que únicamente pueden darse en Comala, Rentería sobrelleva el intenso conflicto que implica distanciarse de su circunstancia personal para estar a la altura del sacramento: mientras Dios sea capaz de perdonar el daño que Miguel Páramo le ha causado a su propia sobrina seduciéndola, él, solo un sacerdote pueblerino, tendrá que perdonar también.

Por otra parte, es de notar que cuestione en su fuero interno los alcances probables de la oración, en especial cuando se ofrenda en misas pagadas, recurso solo a la mano de los pudientes, pues Rentería está así mucho más cerca de lo que Thomas Mann escribiría sobre ella, en *Doctor Faustus*, que al carácter devocional, sagrado, que le suele rendir un pueblo religioso como el mexicano: “La plegaría —dice Mann— es la forma vulgar, tardía, diluida por el racionalismo, de algo muy fuerte, activo y enérgico: el conjuro mágico, el acto de obligar a Dios”.

¿Por qué, en efecto, tendría él que forzar a Dios a cumplir su simple y humana voluntad a cambio de un ensalmo pagado, incluso, por algún hombre malo? Harto de servir a todo aquel que tenga unas monedas para hacer del Creador una maquinita de realizar deseos, se unirá más tarde a las tropas cristeras en defensa de la fe. Con su ausencia, sin embargo, los habitantes de Comala se verán orillados a un terrible doble olvido: nadie más estará ahí

para elevar al cielo las oraciones que los rediman cuando mueran, por lo que padecerán el inevitable repliegue de Dios quien, como Páramo, parece cruzarse de brazos ante la inminente perdición del pueblo.

Ajenos al secreto del tiempo, ignorantes tanto del exterior y de sus costumbres o del futuro de los hombres como les sucedía en vida, tampoco sabrán más cosas de sus contemporáneos de las que sabían cuando los dejaron de ver. Fantasmas y todo, la única omnisciencia a la que tienen derecho es a aquella que se limita a sí mismos.

II

Pedro Páramo permite cualquier suerte de exégesis sin agotar la obra ni, por supuesto, a sus fieles lectores en esa tarea devocional. Desde la búsqueda y análisis de las socarronas repeticiones de palabras, pasando por sus racimos de aliteraciones, hasta esa veta de oscuro humor en la que pocos han reparado, como bien apunta Felipe Garrido, la reconocida novela de Juan Rulfo arroja siempre nuevas perspectivas de lectura.

Texto retráctil, con recuerdos que remiten a otros recuerdos —sus personajes son muertos que recuerdan a otros muertos— va formando la imagen de un pueblo signado en todos sus tiempos por una desolación interminable que —más allá de la etapa terminal en que lo encuentra Juan Preciado— se manifiesta por grados ante sus pobladores según el daño que reciban, como una metáfora de la imposibilidad de la *civitas*, donde nadie es del todo feliz porque la vecindad entre los hombres concita inevitablemente lo trágico.

Esta poética del daño va íntimamente ligada al robo o la perversión de la inocencia. Cuando Páramo, de cosa baja que era, se alza a mayor y vuelve a Comala años después del asesinato de su padre, no ve entonces el espacio entrañable de su niñez, en el que luego habrá de evocarse puro y feliz junto a Susana San Juan, sino apenas una cosa más —como las personas a las que se acercará para aniquilarlas o servirse de ellas—, un activo fijo que hay que empezar a explotar. El padre Rentería se muestra abatido y triste por el devenir del terruño a raíz de la muerte de Miguel, cuestionándose sobre su propio ejercicio religioso, muy a menudo sometido al poder de Pedro Páramo por hambre y necesidad. Para Bartolomé San Juan, Comala es un sitio marcado por la desdicha; su hija odia el pueblo incluso por haber nacido allí, donde murió su madre y seguramente fue víctima del

abuso paterno. Para Donis y su hermana, vivos cuando Juan Preciado llega con ellos, el lugar no podría estar más desolado en ese instante: habitan la pura nada y han cometido, además, incesto.

Pero el derrumbe de este pueblo siempre infeliz parece detenerse para Páramo o su hijo Miguel cuando cada cual se entrega, en distintos momentos, a los goces de la depredación. O aun para Fulgor Sedano, entusiasmado con el ciclo de las siembras que aumentarán la prosperidad de la Media Luna. Ese desahogo, sin embargo, justo allí donde la vida pende literalmente de un hilo —ver la forma como Rulfo se vale varias veces de esta imagen—, es algo pasajero, antesala de una muerte que, por próxima, los lugareños suelen resentir en el cuerpo igual que los cambios del clima.

Criaturas elementales, minerales —la hermana de Donis se desbarata “como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo”; Pedro Páramo se desmorona “como si fuera un montón de piedras”—, al morir no se transforman siquiera en almas o ánimas: serán solo bultos parlantes, ora introspectivos, ora retrospectivos. Pese a que en vida no dejan de encomendarse a Dios, ya muertos nunca logran dar con él. Incapaces de llevarse bien con su alma, ignorantes incluso de su paradero, les piden a los vivos que recen por ellos porque la oración de un cadáver no tiene valor ante los oídos divinos. Miserables hasta en la muerte, esta por lo menos les regresa a algunos la lucidez, como a Dorotea La Cuarraca, pero no el descanso.

Difuntos ya todos, ¿para quién se toman el trabajo de emitir sus voces, sus murmullos? Si se leen con detenimiento, los fragmentos en tercera persona a modo de acotaciones podrían no provenir desde el “presente” en el cual sucedieron, sino ser sombras también, meras refracciones del tiempo original: la narración como un fantasma. ¿Y no es eso la literatura: el fantasma perdurable, en tanto obra, de la sinuosa y evanescente realidad? Personajes que no contamos por muertos —los rancheros hablando de los afanes del día, las muchachas o las beatas en pleno chismorreó— se disuelven como sombras, desaparecen como si no existieran, se pierden silenciosamente por ahí...

Mas la función es al cabo para nadie, excepto naturalmente el lector, quien ha ingresado a Comala, ese museo fantasmagórico con proyecciones holográficas que le ponen los pelos de punta a cualquiera, por mediación de Juan Preciado, aquel que un día se fue a buscar a su padre a un lugar sin redención ni regreso. ●